

Prólogo

El monstruo en el camino



Epicuro, detalle de *La escuela de Atenas* de Rafael (1509-1511)

Desde una ventana entreabierta, las colinas de Atenas se elevaban recortando sus siluetas irregulares sobre la bruma. Las hogueras que se veían más abajo pertenecían a aquellos que no llevaban mucho tiempo en la ciudad. El amanecer veraniego crepitaba con el ruido que hacían quienes, en otra época, habían sido soldados. En las alturas, las cigarras y los pájaros que se despertaban entre el pálido mármol, junto con el ligero crujido

de las lagartijas que paseaban sobre las hojas, formaban una fina cortina sonora.

La brisa nocturna todavía soplaba hacia el mar, pero no tardaría en ser sustituida por los vientos diurnos a medida que la tierra se calentara. Un tenue aroma a azufre descendía por las laderas de la Acrópolis.

En una casita, detrás de una puerta de madera, Casio de Parma aún no se había levantado. Además de marinero, era poeta y dramaturgo, y Atenas se estaba portando bien con él. Un año después de su última batalla, el único de los asesinos de Julio César que quedaba con vida había descubierto que esta ciudad, cada vez más atestada de gente, era el mejor lugar que podía haber elegido para retirarse. El alba siempre le deparaba una sorpresa. Los amaneceres atenienses solían estar llenos de perfumes y teñían el cielo de un color rosa anaranjado. No era de extrañar que tantas personas quisieran vivir allí.

Entre los conspiradores que empuñaban las dagas en los idus de marzo, Casio de Parma era uno de los menos destacados. Carecía del relieve de Bruto o de Casio Longino, su famoso tocayo, hombres que ahora estaban muertos y cuyos nombres ya habían ingresado en la historia. Como varios de los conjurados, Casio de Parma escribía historia, pero su nombre todavía no formaba parte de ella.

A sus cuarenta y tantos años, tenía edad suficiente para retirarse de la vida pública. Pero en un momento en que el furioso heredero de César reinaba de modo incontestable, regresar a Italia era imposible: volver a Roma, o a las que otrora fueran sus fértiles tierras entre los ríos Rubicón y Po, estaba descartado. En las calles de la Acrópolis, Casio había encontrado nuevos admiradores, un puñado de antiguos compañeros de armas e incluso algunos lectores para sus poemas y obras de teatro.

Catorce años después del asesinato del dictador, de una conjura que no había conseguido cambiar el mundo, Atenas seguía siendo un lugar privilegiado para los escritores, los disidentes y los pensadores, para los soñadores obstinados, para los veteranos de las guerras recientes que escribían sobre batallas perdidas y para los viejos soldados que les explicaban cómo podían ha-

berlas ganado. Gracias a su pasado, la ciudad ofrecía una especie de asilo.

Las palabras y las espadas todavía marchaban de la mano en la batalla por el recuerdo. En particular, hacia el final de la vida de un hombre la escritura de un poema podía significar más que todas las muertes que había causado y las que no había logrado causar. Un último acto grandioso podía ser algo más que el final de un drama. El nuevo hogar griego de Casio de Parma se adaptaba bastante bien a las esperanzas que abrigaba para lo que le restaba de vida.

Atenas, al igual que muchos de los personajes que poblaban sus noches, era una ciudad que había dejado atrás sus mejores años, un refugio para muchos otros romanos como el propio Casio: hombres de la marina y practicantes de las artes menores, ciudadanos educados que, si bien no habían estado dispuestos a clavar el puñal en el cadáver de César (o nadie les había pedido que lo hicieran), preferían disfrutar de cierta libertad en lugar de someterse a cualquier clase de autocracia. Los mejores ideales de la antigua Grecia, por muy vagos que fueran, contrastaban intensamente con aquello en lo que se había convertido su propio país.

Los atenienses eran inconstantes. Podían aunarse para luchar contra los romanos o dividirse y respaldar a un bando romano contra otro. Así habían procedido desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, todo hombre culto se sentía elevado en el lugar donde por primera vez se habían transcrito las obras de Homero, la ciudad de Esquilo y Eurípides, de Sócrates y Platón. El mismo Casio de Parma era un seguidor de la filosofía de Epicuro, famoso por su jardín ateniense, un pensador fallecido más de doscientos años atrás, pero todavía influyente en la metrópolis griega y allende. El poeta oriundo de Parma que devino capitán naval nunca aspiró a la originalidad. Se conformaba con ser coherente. Y meticuloso. Eso era lo que exigían los barcos y la lírica.

Su última batalla marítima había sido el año anterior, el 31 a. C., en Accio, lugar situado a trescientos veinte kilómetros al noroeste de Atenas, la batalla final de una guerra civil que había comenzado con los puñales de Casio y el resto de sus aliados en la conjura magnicida. Esa contienda había enfrentado a los dos líderes de lo

que otrora fuera una alianza, la de quienes se habían mantenido fieles a la causa de César después de su muerte, antes de terminar luchando entre sí. Los hombres que se preocupaban poco por la política (que incluso en Atenas eran un gran número) le preguntaban de cuando en cuando cómo pudo suceder eso. Era algo fácil de explicar, pero no siempre fácil de entender.

Marco Antonio, el veterano compañero de armas de César, y Octaviano, el joven sobrino nieto de César, habían derrotado juntos a los principales asesinos en Filipos, en la Grecia oriental. Esa fue la parte difícil. Luego habían pasado a librar una guerra entre ellos en el oeste. El premio era la supremacía que aparentaba ser el legado del dictador. Fue como una enloquecida partida de damas en la que las piezas negras supervivientes, tras haber vencido a las blancas, se habían vuelto las unas contra las otras. Accio había sido la esquina del tablero en que se decidió el resultado final.

Casio de Parma había luchado en el bando de Antonio y Cleopatra, por el amigo de César y la reina de Egipto, una mujer fabulosamente rica que había sido amante de César y, en ese momento, era la de Antonio. El parmesano no sentía un gran afecto por la pareja en nombre de la cual había combatido; lo único que lo animaba era el enorme odio hacia el «hijo del divino César», el título que se había otorgado hacía mucho tiempo Octaviano, que después de la victoria en Accio terminaría convirtiéndose en el primer emperador romano.

Esa última batalla entre las piezas negras supervivientes apenas había sido un enfrentamiento digno de ese nombre, algo que resultaba incluso más claro en retrospectiva que en su momento. Cleopatra huyó de Accio ante el primer indicio de que la batalla podía culminar en derrota. Antonio, una sombra del militar que había ayudado a César a conquistar la Galia, la siguió con docilidad. El que otrora fuera adorado como un dios en Atenas se había convertido en un perrito faldero.

Después de eso, Casio había vivido sin hacer ruido durante un año, mientras Octaviano daba los pasos definitivos hacia el poder imperial, un año en el que el futuro emperador persiguió y destruyó a los últimos restos de la oposición. El parmesano era

consciente de los peligros que lo acechaban desde el momento en que llegó a Atenas, pero ignoraba cuán cerca estaban.

El miedo no era una experiencia nueva para él; sabía que era ubicuo, necesario, conocía su olor y, de forma gradual, estaba aprendiendo más y más sobre esa emoción. A lo largo de los últimos catorce años se había sentido más seguro en el mar. En los alrededores de Chipre y Sicilia, mientras comandaba a sus hombres en la guerra contra Octaviano y embestía y abordaba las naves enemigas, o cuando recreaba los viajes del Odiseo de Homero —una descripción que, como poeta, debía parecerle preferible—, tenía la impresión de que estaba casi a salvo. En cambio, en tierra, en especial cuando la noche daba paso al amanecer, era una presa mucho más fácil si el depredador así lo deseaba.

El problema no era únicamente que Octaviano hubiera conseguido derrotar a todos sus enemigos. Casio de Parma había luchado por turnos junto a cada uno de ellos; primero, en las armadas de los asesinos de César, y luego, con diferente celo, por cada uno de los rivales que querían impedir una dinastía de césares. Cuando la guerra civil dio paso a la paz, Casio se encontró solo por primera vez.

En Atenas, camuflado entre la masa de refugiados y derrotados de las guerras recientes, era probable que estuviera a salvo. Darle caza no debía ser una prioridad para el nuevo gobernante del mundo romano. Su muerte solo serviría para poner fin a una historia balbuceante.

Con todo, era posible que poner fin a esa historia no fuera poca cosa. Era verosímil que Octaviano deseara hacerlo o que lo exigiera. Como dramaturgo, Casio de Parma comprendía muy bien la importancia de los finales. Tenía mucho tiempo para reflexionar al respecto.

En Atenas pudo dedicarse a la poesía, la suya y la de sus amigos, en lo que, en términos prácticos, era casi un estado de paz. La ciudad que lo rodeaba era el mejor lugar para comprar palabras, ya fueran en griego o en latín, antiguas o modernas, y reemplazar todos los rollos de papiro que había extraviado a lo largo de sus campañas navales. Leyó las epopeyas de Homero y las grandes tragedias: la *Iliada*, sobre la cólera; la *Odisea*, sobre la

supervivencia; Esquilo, sobre la venganza; Sófocles y Eurípides, sobre madres que asesinan a sus hijos. Tenía al alcance de la mano las mejores obras escritas en latín por el maestro de la oscuridad cómica, Tito Maccio Plauto, nacido no muy lejos de Parma, así como las de Marco Pacuvio y de Lucio Accio, ambos autores trágicos, si bien ninguno tan bueno como cualquiera de los griegos. Casio, además, estaba escribiendo sus propias tragedias.

Una de ellas era *Bruto*, pero no hablaba sobre el fallecido líder de la conjura contra César, sino sobre Lucio Junio Bruto, el cabecilla de la revuelta contra el último rey de Roma, un relato de violación y suicidio en los orígenes de la República. Otra, *Tiestes*, parte de un atroz ciclo de venganzas de la mitología griega, antes del comienzo de la historia. Tiestes y su hermano Atreo aspiraban a hacerse con el trono de Micenas, una ciudad al suroeste de Atenas; en medio de esa rivalidad, Atreo engaña a Tiestes y le ofrece un banquete para hacer que se coma a sus propios hijos, acto que desencadena una serie de muertes a la que solo consigue poner fin la intervención de la diosa Atenea, *dea ex machina* en su propia ciudad.

Ese era el arte de la guerra civil. En los dramas griegos de Agamenón, Clitemnestra y la hija de ambos, Electra —y en los de la filicida Medea y el tracio Tereo, que viola a su cuñada y le corta la lengua, entre muchos otros—, escasean las lecciones de perdón y abundan, en cambio, los gritos, las maldiciones y las venganzas. Una comedia de Plauto ponía al descubierto la realidad de las cadenas, los collares y los látigos. Las obras circulaban en rollos de papiro de unos treinta centímetros de longitud en los que el texto se disponía en columnas inclinadas hacia la derecha, acumulando horror sobre horror en líneas apiladas siguiendo el extraño estilo de los escribas.

En Atenas, Casio de Parma dejó de ser un actor en los grandes acontecimientos de la época para convertirse, básicamente, en lector y escritor. En el verano del año 30 a. C., el panorama a su alrededor estaba cambiando. En ciertos aspectos, la tierra no era muy diferente del mar, con tormentas que parecían surgir de la nada y soplaban en todas direcciones. La literatura era tan mudable como los demás ámbitos de la vida. Junto a Eurípides,

Homero y obras en latín antiguo, los vendedores de poesía ofrecían a los estudiantes los nuevos y populares versos latinos de Virgilio, Vario y Horacio, este último compañero de lucha del parmesano, todos ellos poetas más grandes que él, algo en lo que todos estaban de acuerdo, y también mucho mejores en el arte de sobrevivir.

El único de los tres al que había conocido personalmente, no demasiado pero sí lo suficiente, era Horacio. Unidos por lealtades juveniles y animados por viejos ideales, ambos habían estado en el mismo bando en la guerra contra Octaviano y Antonio. En Filipos, al noreste de Atenas, cerca de donde Grecia y Asia se unen, Horacio había combatido junto a los asesinos de Julio César en tierra, entre la sangre y el barro. Muchos héroes perdieron la vida en esa batalla. Desde entonces, sin embargo, habían transcurrido doce años. Horacio no había tardado en dejarse seducir y ponerse al servicio del hijo adoptivo de César, y ahora disfrutaba de toda la fama y los festejos que su colega parmesano no había conocido.

Los propios atenienses estaban cambiando. Atenas había sido la ciudad que más había mostrado su apoyo a Marco Bruto y Cayo Casio. Los principales asesinos de César habían sido comparados con los héroes más grandes de la capital griega y recordados en mármol. No obstante, en los jardines alrededor de la Acrópolis se alzaban ahora nuevos monumentos a la misericordia del joven Octaviano, que resplandecían en contraste con las viejas piedras que habían celebrado a sus rivales.

El enorme auriga que llevaba las riendas de cuatro caballos gigantescos sería transformado en un tributo a Marco Agripa, el almirante de Octaviano: la escultura todavía representaba a un rey y campeón olímpico vecino, pero no por mucho tiempo. Agripa era el mejor amigo del futuro emperador, el hombre que había perseguido a los asesinos de César en los tribunales de Roma antes de hacerse a la mar y ganar para su señor las batallas más importantes. Los atenienses que habían pagado impuestos a Bruto y Cayo Casio, bailado con Cleopatra y sido testigos del matrimonio simbólico de Antonio y la diosa Atenea a duras penas recordaban a todos esos derrotados, o al menos eso aseguraban.